

27-1V-04

La muerte se llevó a Lorenzo Petrovič a la noche siguiente, al amanecer. Se había dormido con un sueño profundo; luego se despertó de pronto, comprendió que se iba a morir en seguida y que había que gritar, pedir socorro, hacer la señal de la cruz. Pero no tuvo tiempo, pues perdió la conciencia. Su pecho se alzó y se bajó de nuevo, sus piernas tuvieron un entumecimiento, su cabeza resbaló de la almohada. El chan-tre, al oír un leve ruido en la cama de su vecino, preguntó sin abrir los ojos:

—¿Qué tienes, padrecito?

Nadie respondió y se durmió otra vez.

Cuando vinieron los médicos le aseguraron que no tenía que temer a la muerte y que viviría aún mucho tiempo, y él tuvo en aquello plena confianza. Desde la cama saludaba con la cabeza y daba las gracias muy dichoso.

El estudiante era también feliz y durmió con sueño tranquilo: recibió la visita de su amada, que le besó muy fuerte, y estuvo a su lado veinte minutos más que de costumbre.

El sol había salido.

## LA NADA

Se estaba muriendo un alto dignatario, viejo, importante; un gran señor que tenía mucho apego a la vida. Era para él muy penoso morir; no creía en Dios ni comprendía por qué moría y dominábase el terror. Era horrible ver cómo sufría.

Su vida era grande, rica y llena de interés; su corazón y su cerebro estaban siempre preocupados y satisfechos. Pero estaban cansados, agotados, casi como todo su cuerpo por otra parte, que se iba enfriando poco a poco. Sus ojos y sus oídos, acostumbrados a ver y oír siempre lo bello, estaban igualmente cansados, y la alegría misma pesaba demasiado sobre su pobre corazón, harto trabajado. Cuando todavía no se estaba muriendo pensaba en la muerte; algunas veces con cierto placer. Se decía que le daría el reposo, que le libraría de todos aquellos abrazos, muerturas de estimación y relaciones que tanto le fastidiaban. Sí, lo pensaba con placer; pero ahora, estando a punto de morir, sentía que un horror indescriptible penetraba en su alma.

Quisiera vivir todavía un poco, aunque no fuera más que hasta el lunes próximo, mejor aún hasta el miércoles o jueves. Pero no sabía con precisión el verdadero día de su muerte, ya que en la semana hay solamente siete.

Y precisamente aquel día desconocido se presentó ante él un diablo muy ordinario, como muchos. Se introdujo en la casa disfrazado de cura; pero el alto dignatario comprendió en seguida que el diablo no había ido allí por ir, y se puso alegre. «Una vez que el diablo existe la muerte no es realidad; por el-con-

trario, la inmortalidad es algo real. En rigor, si la inmortalidad no existe se puede prolongar la vida vendiendo el alma en condiciones ventajosas.» Esto era evidente, casi claro.

Pero el diablo tenía un aspecto cansado y aburrido. Durante un rato bastante largo no dijo nada y miró a su alrededor con una mueca de disgusto, como si se hubiera equivocado de dirección. Esto inquietó al dignatario, que se apresuró a ofrecer un sillón al diablo. Pero aun después de sentado el diablo conservaba su aire aburrido y guardaba silencio.

«¡Helos aquí tales como son! —pensó el dignatario examinando con curiosidad al visitante—. ¡Dios mío, qué hocico tan desagradable! Ni en el infierno debe pasar por guapo.»

—Yo me lo figuraba a usted de otro modo —dijo en voz alta.

—¿Qué? —preguntó el diablo haciendo un gesto.

—Yo no me lo figuraba a usted así.

—¡Tonterías!

Todo el mundo le decía lo mismo al verle por primera vez, y esto le fastidiaba.

«Y sin embargo, no puedo ofrecerle té o vino —se dijo el dignatario—. Quizá ni siquiera sepa beber.»

—¡Bueno, ya está usted muerto! —comenzó el diablo con tonó flemático.

—¿Qué es lo que dice usted? —exclamó indignado el dignatario—. ¡Estoy vivo todavía!

—No diga tonterías —respondió el diablo, y continuó—: Está usted muerto... Y bien, ¿qué hacemos ahora? Este es un asunto serio y hay que tomar una decisión...

—Pero ¿es de veras que... estoy muerto? Puesto que hablo...

—¡Ah, Dios mío! Cuando sale usted de viaje, ¿no tiene que pasar por la estación antes de subir en el tren? Ahora está usted en la estación, precisamente...

—¿En la estación?

—Sí.

—Ahora comprendo. Entonces, ¿esto ya no es yo? ¿Y dónde estoy yo? Es decir, mi cuerpo...

—En una habitación vecina. Le están lavando ahora con agua caliente.

Al dignatario le dió vergüenza, sobre todo cuando

pensó en su vientre cubierto de espesas capas de grasa. Pensó además que son siempre las mujeres quienes lavan a los muertos.

—¡Esas costumbres estúpidas! —dijo con cólera.

—Eso no es cuenta mía —objetó el diablo— No perdamos tiempo y vamos al grano... Tanto más cuanto que empiezo a oler mal.

—¿En qué sentido?

—En el sentido más ordinario; se empieza usted a pudrir, y eso huele muy mal. ¡Pero ya estoy harto de sus preguntas! Tenga la bondad de escuchar bien lo que voy a decirle: no lo he de repetir.

Y en términos lleno de enojo, con una voz cansada de repetir siempre la misma cosa, expuso al dignatario lo que sigue:

El viejo dignatario muerto tenía ante sí dos perspectivas a elegir: o pasar a la muerte definitiva, o bien aceptar una vida de un género especial un poco extraño, capaz de provocar dudas. Tenía libre la elección. Si elegía lo primero sería la nada, el silencio eterno, el vacío...

—«¡Dios mío, eso precisamente era lo que me daba siempre horror!», pensó el dignatario.

—Eso era el reposo imperturbable —dijo el diablo examinando con curiosidad el techo tallado—. Desaparecerá usted sin dejar ninguna huella, sin existencia. Tendrá un fin absoluto, no hablará usted jamás, ni pensará, ni deseará nada, ni experimentará alegría ni dolor; nunca pronunciará la palabra «yo»; en fin, no existirá usted ya, se extinguirá, cesará de vivir, se hará nada...

—¡No, no quiero! —gritó con fuerza el dignatario.

—¡Y, sin embargo, eso sería el reposo! Eso también vale algo. Un reposo tal que es imposible imaginarsele más perfecto.

—¡No, no quiero reposo! —dijo decididamente el dignatario mientras su corazón cansado no imploraba más que reposo, reposo, reposo.

El diablo alzó sus hombros peludos y continuó con un tono fatigado, como el viajante de un almacén de modas al fin de una jornada de trabajo.

—Pero, por otro lado, voy a proponerle a usted la vida eterna...

—¿Eterna?

—Que sí. En el infierno. No es eso precisamente lo que usted hubiera deseado, pero así y todo es la vida. Tendrá usted algunas distracciones, conocimientos interesantes, conversaciones... y sobre todo conservará su «yo». En fin, habrá de vivir usted eternamente.

—¿Y sufrir?

—Pero ¿qué es eso del sufrimiento? —y el diablo hizo una mueca—. Eso parece terrible hasta que uno se acostumbra. Y debo decirle a usted que es precisamente de la costumbre de lo que se lamentan allí.

—¿Hay allí mucha gente?

—Bastante... Sí, se lamentan tanto que últimamente hasta hubo perturbaciones bastante graves: reclamaban nuevos suplicios. Pero ¿dónde encontrar esos suplicios nuevos? Y, sin embargo, aquellas gentes gritaban: «¡Esto es la rutina! ¡Esto se ha hecho trivial!»

—¡Qué brutos son!

—Sí, pero vaya usted a llamarles a la razón. Felizmente, nuestro Maestro...

El diablo se levantó respetuosamente y su rostro adquirió una expresión aun más desagradable. El hombre hizo también un gesto cobarde para manifestar su respeto.

—Nuestro Maestro ha propuesto a los pecadores que se martiricen ellos mismos...

—¿Una especie de autonomía? —dijo sonriendo el dignatario.

—Sí, lo que usted quiera... Ahora los pecadores se rompen la cabeza... ¡Vamos, querido, hay que decidirse!

El otro reflexionó, y teniendo ahora plena confianza en el diablo le preguntó:

—¿Qué me recomendaría usted?

El diablo frunció las cejas.

—No, en cuanto a eso... no soy amigo de dar consejos.

—Entonces no quiero ir al infierno.

—Muy bien, será como usted guste. No tiene usted más que poner su firma.

Desplegó ante el dignatario un papel muy sucio, que más bien parecía un moquero que un documento tan importante.

—Firme aquí —y señaló con su garra—. Digo, no, aquí no. Aquí se firma cuando se elige el infierno. Para la muerte definitiva es aquí donde hay que firmar.

El dignatario, que había cogido ya la pluma, la dejó en seguida sobre la mesa y suspiró.

—Naturalmente —dijo con un tono de reproche—, eso a usted lo mismo le da; pero a mí... Dígame, si gusta: ¿con qué se martiriza allí a los pecadores? ¿Con el fuego?

—Sí, con el fuego también —respondió con flema el diablo—. Tenemos días de asueto.

—¿De veras? —exclamó con alegría el hombre.

—Sí, los domingos y días de fiesta se descansa. Y además hemos introducido la semana inglesa: los sábados no se trabaja más que desde las diez de la mañana hasta el medio día.

—¡Vaya, vaya! ¿Y por Navidad?

—Por Navidad, lo mismo que por Pascuas, se dan tres días libres. Aparte de esto se da un mes de vacaciones en el verano.

—¡Vamos, eso es muy liberal! —exclamó el otro con alegría—. No me lo esperaba... Pero dígame, en rigor ¿aquello es malo, lo que se dice malo, malo?...

—¡Tonterías! —respondió el diablo.

El dignatario tuvo un sentimiento de vergüenza. El diablo estaba visiblemente de mal humor; probablemente no había dormido aquella noche, o bien hacía mucho tiempo que estaba mortalmente aburrido de todo aquello: de dignatarios muriéndose, de la nada, de la vida eterna...

El dignatario vio barro en la pierna derecha del diablo. «No son muy limpios», se dijo.

—Entonces —repuso el hombre—, ¿es la Nada?

—La Nada —repitió el diablo como un eco.

—¿O la vida eterna?

—O la vida eterna.

El hombre se puso a reflexionar. En la habitación vecina habían terminado ya el servicio fúnebre en su honor y él seguía reflexionando. Y los que le veían en su lecho mortuario, con su rostro grave y severo, no adivinaban qué extraños pensamientos asaltaban su cráneo frío. Tampoco veían al diablo. Olía a incienso, a cirios ardiendo y alguna otra cosa más.

—La vida eterna —dijo el diablo pensativo, ce-  
rrando los ojos—. Se me ha recomendado muchas  
veces que les explique lo que eso quiere decir. Creen  
que no me expreso con suficiente claridad; pero ¿es  
que estos idiotas la pueden comprender?

—¿Es de mí de quien habla usted?  
—No solamente de usted... Hablo en general.  
Cuando se piensa en todo esto...

Hizo un gesto de desesperación. El dignatario in-  
tentó manifestarle su compasión.

—Le comprendo. Es un oficio penoso el suyo, y si  
yo por mi parte pudiera...

Pero el diablo se enfadó.

—¡Le ruego a usted que no toque a mi vida perso-  
nal o me verá obligado a enviarle a usted al diablo!  
Se le presenta una cuestión y usted no tiene más que  
responder: ¿la muerte o la vida eterna?

Pero el dignatario seguía reflexionando y no podía  
decírselo. Fuera porque su cerebro comenzara a abis-  
marse o porque nunca hubiera sido muy sólido, el  
dignatario se inclinaba más bien a la vida eterna.  
«¿Qué es eso del sufrimiento?», se decía. ¿No había  
sido toda su vida una serie de sufrimientos? Y, sin  
embargo, amaba la vida. No temía los sufrimientos.  
Pero su corazón cansado pedía reposo, reposo, reposo...

En este momento se le conducía ya al cemen-  
terio. A las puertas del departamento de donde había  
sido jefe se detuvo el cortejo y los curas dieron co-  
mienzo a un oficio religioso. Llovía, y todo el mundo  
abrió los paraguas. El agua a chorros caía de los pa-  
raguas, corría por el suelo y formaba charcos en el  
pavimento.

«Mi corazón está cansado hasta de las alegrías»,  
continuaba reflexionando el dignatario que conducían  
al cementerio. «No pide más que reposo, reposo, reposo.  
Quizá sea demasiado estrecho mi corazón, pero estoy  
terriblemente cansado...»

Y estaba casi decidido por la Nada, la muerte de-  
finitiva. Se había acordado de un corto episodio.  
Fué antes de caer enfermo. Tenía gente en casa, se  
reían. Él también reía mucho, a veces hasta llorar de  
risa. Y, sin embargo, precisamente en el momento en  
que se creía más feliz sintió de repente un deseo irre-  
sistible de estar solo. Y para satisfacer este deseo se

escondió, como un muchacho que teme que lo casti-  
guen, en un rincón.

—¡Pero despache usted! —le dijo el diablo con  
tono disgustado—. ¡El fin se acerca!

Hizo mal en pronunciar aquella palabra; el digna-  
tario casi se había decidido por la muerte definitiva,  
pero la palabra «fin» le espantó y experimentó un  
deseo irresistible de prolongar su vida a cualquier  
precio. No comprendió ya nada, perdiéndose en  
sus reflexiones, no pudiendo tomar decisión neta,  
remitió la solución al Destino.

—¿Se puede firmar con los ojos cerrados? —pre-  
guntó tímidamente.

El diablo le echó una mirada bizca y respondió:

—¡Siempre tonterías!

Pero probablemente todos aquellos tratos le tenían  
fatigado; reflexionó un instante, suspiró y puso de  
nuevo ante el dignatario el pequeño papel, que más  
bien parecía un moquero sucio que un documento  
importante.

El otro tomó la pluma, sacudió la tinta, cerró los  
ojos, puso el dedo sobre el papel y... precisamente  
en el último momento, cuando había firmado ya, abrió  
un ojo y miró.

—¡Ah, qué es lo que he hecho! —gritó con horror,  
arrojando la pluma.

—¡Ah! —le respondió como un eco el diablo.

Las paredes repitieron esta exclamación. El diablo,  
marchándose, se echó a reír. Y cuanto más se alejaba,  
más ruidosa se hacía su risa, semejando una serie  
de truenos...

En este momento se procedía ya al entierro del  
alto dignatario. Los pedazos de tierra húmeda caían  
pesadamente, con un ruido sonoro, sobre la tapa del  
ataúd. Podría creerse que el ataúd estaba vacío, que  
no había nadie dentro: tan sonoro era aquel ruido.